



Soledad a la carta

Marcelo Galiano

El Infanta Isabel¹ resiste. El agua zarandea su humanidad de hierro haciéndolo parecer un gigante que se desvive ante el atareado castigar del viento. Desde la incommovible línea donde mar y cielo chocan sus caras, el acongojado sol del crepúsculo le dictamina el rumbo con un rojo inevitable. Pero resiste, resiste... Una vez más cruza el Atlántico; una vez más, en él, se atosigan las bocas, las manos, los llantos, los sacos roídos...

¹ Se refiere al Buque Infanta Isabel de Borbón.



Jordi finge no temer al tambaleo y, en cada invisible empujón, se envalentona y ovilla entre sus brazos a los pequeños Enric y Joan, diciéndoles que ya llegan, que falta poco. Les gustaría explicarles todo, leerles la carta... pero son chicos, muy chicos, no entenderían, extrañan su casa humilde de El Masnou, y a sus compañeros de juego, y a mamá... fundamentalmente a mamá, esa joven mujer que los meció en sus brazos y que ahora descansa bajo las saladas parcelas que miran al Mediterráneo. Leerles la carta... Jordi la guarda en un bolsillo interno junto a la receta con la que piensa encandilar América. La carta... Se la ha escrito su amigo Adrià y, en cursiva despareja, le ha hablado de ese raro país donde la melena del trigo es arrullada por la brisa, donde la piedra se puebla de verde, donde las manos jóvenes se entibian con el pan recién horneado, donde él podrá deslumbrar paladares con su maestría. *Será fácil*, piensa Jordi, *lo dice aquí...* Sí, la carta le ha descrito esa nación nueva, despoblada, donde un tal Sáenz Peña² recibe a los recién llegados con una cama limpia y una sopa caliente en una inmodesta edificación de la zona del puerto³.

Pero el zarandeo persiste y muchos lloran, y Jordi quiere consolar a esos paisanos que parecen negarse a la fe. Ha llegado a hablarles, a tomarlos de los brazos, a mostrarles la carta que su amigo Adrià le ha enviado, a recitarles su receta y así intentar calmarlos con esas líneas de esperanza: *mejillones... sí, mejillones con crema de calabaza,, es tan simple, tan delicioso... sí, se hace un caldo con un cascarón de pollo y se agrega calabaza, así de simple, y se pone una cebolla partida... y se abren los mejillones en cazuela tapada y luego se les echa la crema. Sólo eso, fácil, ¿no? Será un éxito en América...* Pero nadie lo escucha, todos viven su drama diminuto: algunos callan; otros rezan; los más infortunados gimen la pérdida de un ser querido por las pestes del viaje, soportando el horror de haber visto los amados cuerpos sin vida, precariamente amortajados, cayendo desde la cubierta hasta las mismas entrañas del agua.

Pero Jordi no se deja vencer. Vuelve a llevar la mano a su bolsillo y confirma la presencia de esos papeles doblados que tanto lo ilusionan, que

² Se refiere a Roque Sáenz Peña, presidente argentino entre 1910 y 1914.

³ Se refiere al Hotel de inmigrantes, que se construyó a principios de siglo XX en Buenos Aires.

lo mantiene vivo, que lo aísla del dolor. Y ese país joven... el que nombra la carta de Adrià... ahí tendrá trabajo y futuro, ahí los chicos respirarán una brisa aún no herida por el amargo perfume de la pólvora.

Ahora las nubes han moreteado el atardecer y el viento anuncia una tormenta que teñirá el ocaso con su color pizarra. Llegarán a Buenos Aires con lluvia, y unos se persignan considerando eso un mal presagio, y otros se abotonan las chaquetas previendo el frío nocturno. Pero Jordi ha aguzado sus ojos y, la noticia que sus pupilas perciben, le ha tallado una sonrisa que ni la tempestad venidera puede borrar: ahí está, sí, ya puede verse ese río color desierto que la miopía poética ha adjetivado como si fuera de plata; ya puede distinguirse esa ciudad inmensa y casi virgen. Jordi ha despertado a Enric y a Joan, ha tomado los papeles y los ha guardado en su puño, y ha corrido a bajarse con fruición, distinguiendo su andar del paso cansino del resto del pasaje.

Un hombre los recibe en tierra, Jordi le muestra la carta, nombra a Adrià... a su amigo Adrià... No le entiende, le señala el gran edificio, le exige que camine, que deje pasar al resto. En el gigante de cemento lo reciben, le hacen preguntas, le entintan los dedos a él y a sus criaturas. Él quiere hablar... quiere decirles que es cocinero... un buen cocinero catalán... y quiere preguntarles por Adrià, pero no lo escuchan, se limpia las manos con un viejo pañuelo y toma la carta y su receta y quiere leerles... pero no... no lo escuchan...

Los han llevado a una habitación. Ya es tarde, ya es hora de dormir; mañana les darán de comer, pero ahora a dormir. Enric y Joan ven caer la noche de bruces contra la ventana del cuarto. Sienten miedo y lloran, sienten miedo y tiemblan, sienten miedo y se anillan al cuerpo de su padre y comienzan a pedir por mamá, sí, por esa mamá muerta que tanto extrañan. Jordi también la recuerda, claro, la rememora de puntillas, probando a hacerse alta, abrazándolo con la dulce violencia que el afecto permite, besándose ambos desesperadamente, como si en los labios se escondiera el secreto de la existencia, como si el resto –el resto: manos inquietas, piernas anudadas, pechos agitados- nada valiera comparado con esas dos bocas necesitándose y rebozándose.

Las lumbres se han apagado y los chiquitos se han dormido, cansados de llorar. Jordi observa la negrura infinita que el vidrio recorta con rectangular

frialdad. En algún lugar está todo eso que la carta promete... en algún sitio querrán probar su receta, en algún maldito rincón está el propio Adrià que nadie parece conocer. Acuesta a los chicos cuidando los mínimos movimientos, los cubre con la manta y, luego, infringiendo las leyes del lugar, quita el cerrojo de la ventana y sale a la calle a caminar sin rumbo. La ciudad se le ofrece como un interminable paladar sombrío. Algunos noctámbulos vagan sin mapa y él prueba preguntarles por su amigo... si por casualidad alguien conoce a un tal Adrià que le ha escrito una carta... esa carta que él muestra intentando leer, recibiendo indiferencia o burlas de los borrachos, de los mendigos, de las prostitutas y de los locos que pueblan la noche. Camina... camina... en alguna calle debe estar Adrià, en algún rincón alguien querrá ayudarlo y escuchar lo que dicen esos párrafos y probar los sabores nacidos de sus manos. En sus ojos nacen unas breves lágrimas de desesperación, pero sigue caminando, aminora su paso pero sigue caminando... Está exhausto, quiere seguir pero no puede, ya no puede... En una esquina solitaria y anónima apoya su espalda y lentamente dobla sus piernas hasta sentarse. Busca en la piedra un descanso de lana, de carne tibia, de olvido, toma la carta de su amigo y la destroza, mientras llora desconsoladamente la destroza. La brisa negra de la noche le enfría los ojos entrecerrados; quiere dormir, dormir definitivamente... pero una respiración y unas suaves pisadas se escuchan a su lado. Sus labios se arquean en una sonrisa de esperanza, sus párpados se entreabren con ilusión... pero sus ojos humedecidos solamente distinguen a un perro, sí, un perro frágil y solitario que se ha acercado... Sin pensar, Jordi saca la receta de su bolsillo y comienza a leérsela.
